

AFLICCIÓN EN LA VICTORIA<sup>1</sup>

En el confuso interregno que siguió a la muerte del zar Alejandro I en diciembre de 1825, un grupo de conspiradores consagrados a la introducción de una constitución liberal decidió que su momento había llegado. Miembros de la «Sociedad del Norte» —en su mayor parte oficiales de los cuerpos de elite del Ejército Imperial— persuadieron a los hombres que estaban bajo su mando para que rechazaran jurar la bandera ante el futuro Nicolás I, mientras una multitud de 3.000 soldados se congregaba en la plaza del Senado en San Petersburgo. A esto le sucedió la trágica debacle de lo que se ha conocido como la Rebelión Decembrista, que fue aplastada inmediatamente por el nuevo zar después de que a varios de sus líderes les faltara el arrojo necesario o desaparecieran de la escena; dos semanas más tarde un levantamiento orquestado por la «Sociedad del Sur» en Ucrania, en un apoyo retrasado y mal informado a la revuelta en la capital, fue despachado de modo parecido. Cinco de los líderes de la revuelta fueron ejecutados; cerca de una centena de los conspiradores fueron exiliados a Siberia condenados a trabajos forzados, e incluso otros fueron conducidos por la fuerza a las inhóspitas celdas de las Fortalezas de Pedro y Pablo en el Neva para ser interrogados porque conocían a uno o a más decembristas de los clubes de oficiales, de los salones literarios y de los teatros de San Petersburgo, Moscú o Kiev.

Si el reinado de Nicolás I viene a encarnar la esencia del oscurantismo autocrático, los decembristas, por su parte, vienen a representar para la Rusia progresista (liberal) aquello que podría haber sido. Nacida en los últimos años del siglo XVIII y educada en la tradición de la Ilustración, esta progresía alcanza su madurez con las campañas napoleónicas de los años 1812-1815. En su marcha hacia París, contemplaron con admiración tanto el orden constitucional de la Europa occidental como la sucesión de movimientos nacionales en erupción que había dejado a su paso el Gran Ejército. En efecto, a su regreso, los oficiales rusos se vieron sacudidos por el reconocimiento de las deficiencias de su propio sistema de gobierno. Al racionalismo de su formación se añadía un nuevo apego, y roman-

---

<sup>1</sup> Laurence KELLY, *Diplomacy and Murder in Teberan: Alexander Griboyedov and Imperial Russia's Mission to the Shab*, Londres, I B Tauris, 2001, 314 pp.

ce, con la nación, la misma nación a la que los oficiales que iban a encabezar el movimiento de diciembre de 1825 estaban determinados a servir con la reforma del Estado autocrático en un sistema de gobierno moderno al servicio del pueblo. Entre ellos, el ambiente era austero y de una virtud cívica –Konstantin Ryleev proclamó «yo soy un ciudadano, no un poeta»– y las ideas (medio) formadas se nutrían de un amplio abanico de fuentes: desde Benjamin Costant a Adam Smith, desde el Parlamento inglés a los jacobinos. A pesar de todo lo difuso que pudo haber sido su programa, los decembristas alcanzaron un *status* mitológico como la quintaesencia de las esperanzas de una generación y debido a su posición social no hubo parcela de la elite cultural y política que no se viera afectada por su arresto, ejecución o exilio.

Entre las muchas figuras en la periferia del movimiento estaba Alexandr Griboyédov, conocido principalmente por su obra *Gore ot uma* (normalmente traducida al inglés como *Woe from Wit* o *The Misfortune of Being Clever*), donde tejía una sátira de las costumbres moscovitas y del conformismo social y que es el texto literario más citado de la lengua rusa<sup>2</sup>. Nacido en 1795, Griboyédov perteneció a la misma generación que Pushkin y que la mayoría de los decembristas y se había formado en una combinación similar de los ideales de Voltaire y del naciente patriotismo ruso. En uno de los garabatos de Pushkin en los márgenes de un manuscrito para *Eugenio Oneguín* aparece con gafas, con los rasgos afilados imitando a los de un pájaro. Fascinado por la combinación de su «carácter melancólico, su ingenio cáustico y su buena naturaleza», Pushkin incluso planeó escribir una novela basada en su vida. Por su lado, Alexandr Blok, que apreciaba en Griboyédov una dualidad, le describía como «un hombre poco amistoso, de semblante frío y delicado, mofador viperino y escéptico», pero que a pesar de todo era un hombre de muchos amigos y el autor de una obra ingeniosa que había tenido muy buena acogida. Hay otras tensiones: *Gore ot uma*, que nunca logró pasar el filtro de los censores en vida de su autor, parece apuntar a una postura crítica; sin embargo, Griboyédov tuvo una carrera modélica como diplomático imperialista que le permitió jugar un importante papel en la expansión rusa en el Cáucaso. La biografía realizada por Laurence Kelly –excepcional, al ser la primera en inglés– tantea alguna de estas tensiones en un relato profusamente ilustrado que proporciona una narración aceptable a pesar de la maraña de notas confusas.

Nacido en el seno de una familia aristócrata en decadencia, Griboyédov creció en Moscú, donde inició sus estudios en la universidad a la precoz edad de once años; entre sus coetáneos se encuentran el filósofo Petr Chaadáiev y los futuros decembristas Artamon Muravev y Sergei Trubétskoi. En 1812, ante el avance de Napoleón hacia Moscú, Griboyédov se alistó

---

<sup>2</sup> Alexandr GRIBOYÉDOV, *La desgracia de ser inteligente*/Aleksandr SUJOVO-KOBYLIN, *La muerte de Tarekin*, Madrid, Asociación de Directores de Escena de España, 1993 [N. de la T.].

voluntariamente al servicio militar, pero no vio el campo de batalla, permaneciendo a la espera en la reserva mientras muchos de sus semejantes luchaban en Borodino. Su carrera militar duró solamente hasta 1816, y la mayor parte de este periodo lo pasó de permiso por enfermedad con padecimientos que iban desde las fiebres reumáticas a los «catarros continuos». Después de haberse distinguido únicamente por un par de artículos que de modo servil eran un canto de alabanzas a su comandante en jefe, Griboyédov dejó el ejército por el Ministerio de Asuntos Exteriores.

Apenas llevaba unos meses de servicio en el dominio compartido de Nesselrode y Capodistrias cuando se vio envuelto en un duelo a cuatro bandas –*à partie carrée*– que terminó con la muerte de uno de los participantes. Aunque no recibiera una penalización formal, Griboyédov fue presionado para dejar la capital y en 1818 aceptó obedientemente un destino como agregado en la primera misión permanente de Rusia en Persia. La expansión del Imperio ruso hacia el sur había alcanzado de nuevo la paz tras la anexión de Georgia en 1801, y la guerra con Persia entre 1804 y 1812 añadió a las tierras del zar diversos janatos. Tbilisi se convirtió en el cuartel general del brutal sometimiento militar ejecutado por el general Ermolov en el norte del Cáucaso y, también, en el punto neurálgico de un comercio progresivamente desigual entre Persia y las tierras interiores de Rusia. La tarea de Griboyédov en Tabriz, la capital diplomática persa, era hacer cumplir los términos del Tratado de Gulistán de 1813; principalmente el retorno de los desertores rusos que formaban un batallón de 800 hombres en el ejército de Abbas Mirza, el heredero del Sha. Lo que ocurre después todavía sigue siendo un turbio y controvertido episodio en la carrera de Griboyédov: entre 70 y 150 desertores fueron conducidos a un destino desconocido después de que muy probablemente él les hubiera prometido algún tipo de amnistía. Que fuera consciente de que tal promesa no podría ser cumplida se deduce de una frase de autoinculpación escrita en una carta dirigida a su superior Mazarovich: «me voici dupe et trompeur» [«heme aquí inocente y embustero»].

Griboyédov pasó los siguientes pocos años dividido entre Tabriz y Tbilisi, intentando mantener el equilibrio entre las directrices conciliadoras de Mazarovich y el Ministerio de Asuntos Exteriores y, siempre que fuera posible, el apoyo dado a la postura beligerante de Ermolov. Cuando Griboyédov llegó a Tbilisi, aquél acababa de fundar Grozni como ciudad de guarnición declarando en medio de genocidas misiones de castigo: «por razones de estricta humanidad, soy inexorablemente severo». Griboyédov pensaba que Ermolov tenía un «don napoleónico para la oratoria»; prueba de ello es que liberales rusos más jóvenes se sintieron muy atraídos por él: Pushkin le elogiaba en *El prisionero del Cáucaso* y entre su personal hubo un gran número de futuros decembristas, incluido el escritor, y amigo íntimo de Pushkin, Vilgelm Kiukhelbeker. El Cáucaso sirvió de campo de pruebas del imperio para la *jeunesse dorée* rusa de modo más o menos parecido a lo que se habría de convertir India para los británicos, ayudando a formar a una serie de escritores aristócratas –Lermóntov

y Tolstoi, al igual que Griboyédov— cuya selecta posición social y militar, a la altura de sus talentos literarios, les hizo destacar por encima de sus posteriores equivalentes coloniales británicos como el periodista Kipling o el guardia Orwell. Sin duda, también había un elemento de conflicto generacional en la gravitación de Griboyédov y de otros alrededor del general disidente, la opción por el fanfarroneo en la frontera era preferible al estancamiento entre los burócratas. Su frustración y su impaciencia por aprovechar sus talentos eran tempranas manifestaciones del espíritu que cristalizó en el movimiento de diciembre de 1825.

En marzo de 1823 Griboyédov pidió un permiso que le duraría hasta el verano de 1825 y que le sirvió para dar los últimos toques a la obra en la que había estado trabajando en Tabriz. En los años que precedieron a su partida hacia el Cáucaso ya había escrito un puñado de vodeviles y de adaptaciones de comedias francesas, la mayoría de las cuales tuvieron una buena acogida; sin embargo, poco había que pudiera sugerir la brillantez de su nuevo trabajo, *Gore ot uma*, que alcanzó la fama rápidamente desde que por primera vez la leyera en los salones de Moscú y luego de San Petersburgo, adonde acudió en 1824 para intentar suavizar la pasada andadura de la obra entre los censores. No tuvo éxito; únicamente se representaron por primera vez en 1831 algunas partes de la obra, y no se puso en escena profusamente hasta la década de 1860. A pesar de todo, lo que afianzó la reputación de la obra fue la circulación de copias manuscritas de la misma. Kelly describe cómo

una cancillería entera de copistas y de oficinistas se dispuso a trabajar. Los oficiales jóvenes de permiso podían participar en el grupo para llevarse con ellos sus copias cuando partieran para las provincias. En un efecto bola de nieve, las copias fueron copiadas y recopiadas, hasta llegar a la década de 1830... difícilmente había una pequeña ciudad en Rusia o un salón literario donde no hubiera una versión manuscrita de la obra. Hay estimaciones que sitúan el número de manuscritos en circulación en 40.000, una especie de *samizdat* inigualado hasta los tiempos soviéticos.

El protagonista principal de la obra, Chatskii, regresa a la ciudad de provincias donde creció y se rinde inmediatamente a los pies de su amiga de la infancia Sofía Pavlovna, quien a su vez está enamorada de Molchalín, un burócrata ocasionalmente en activo que trabaja para su padre, Famusov. La obra gira alrededor de un momento en el que Chatskii, después de minusvalorar al objeto de los deseos de Sofía, le declara que su amor por ella le volverá loco; Sofía entonces hace correr el rumor de que Chatskii está loco y dada la estrechez de miras de la conformista sociedad moscovita, que no tiene tiempo para su cáustico talento ni para sus amplios horizontes intelectuales, el rumor rápidamente adquiere el *status* de verdad. Al final, Sofía descubre que Molchalín tiene un lío con su propia sirvienta; Chatskii parte humillado hasta la saciedad por todos los que le rodean, mientras Molchalín pierde su dignidad y Famusov se preocupa del escándalo al que van a dar lugar los acontecimientos.

El éxito de la obra se debe principalmente a su lenguaje: el verso rimado de métrica irregular que refleja los modelos del habla cotidiana da vida a los personajes. Las frases de la obra se han convertido en refranes, especialmente las agudezas de Chatskii y los derroteros de sus diatribas contra las reglas sociales moscovitas. También los personajes han entrado a formar parte del lenguaje corriente como estereotipos cómicos –la presuntuosa mediocridad de Famusov, el frívolo Skalozub centrado en su carrera– y en esto quizá podamos ver un eco de los protagonistas satíricos de Voltaire, al mismo tiempo que una prefiguración de los de Gógol. Griboyédov también debe una gran influencia a Molière, y Chatskii al Alceste de *El misántropo*, pero tanto Chatskii como la astuta y testaruda Sofía poseen además una profundidad y una independencia de los objetivos inmediatos de la trama que hizo posible que en términos culturales el pueblo se identificara con ellos de manera más amplia. El tedio y la desesperación de Chatskii ante la inercia social e intelectual moscovita vienen a encarnar los sentimientos de una generación, en palabras de Herzen, «melancólica, irónica, estremecida de indignación y repleta de ideales fantásticos».

Pero si Herzen y muchos otros desde entonces no han dudado en reclamar a Chatskii –y por extensión a Griboyédov– para la causa progresista, Kelly hace ver que deberíamos resistirnos a la tentación de ver *Gore ot uma* como un «manifiesto decembrista»; en su opinión, el «frío y escéptico cerebro» de Griboyédov «no estaba a tono con el exaltado idealismo de aquéllos». Griboyédov no fue miembro de ninguna de las sociedades secretas que participaron en la conspiración decembrista –en una ocasión comentó que «un centenar de segundos lugartenientes no puede transformar toda la estructura de gobierno de Rusia»–, pero tenía relaciones lo suficientemente estrechas con varios de los conspiradores como para ser arrestado en Grozni en enero de 1826, después de haber dejado San Petersburgo en el verano del año anterior. Conducido de vuelta a la capital e interrogado, en una ocasión por el propio zar, no fue liberado hasta principios de junio, después de haber sido aclarada toda sospecha respecto a su complicidad.

Griboyédov regresó a sus tareas en Tbilisi con el corazón entristecido, después de que muchos de sus amigos más cercanos estuvieran ahora en el exilio. En diciembre de 1826 escribió a su amigo Stepan Begichev con un aire de resignación: «He dejado de ser ingenioso»; un poema escrito el verano anterior, titulado «El liberado» recoge estas líneas: «Mis labios están sellados por la pena, / mis manos portan pesadas cadenas». A pesar de todo, se entrega a sus labores diplomáticas con la mayor prontitud en la negociación del Tratado de Turkmanchai que siguió a la derrota de Persia en la guerra contra Rusia librada entre los años 1826-1827. Las condiciones pactadas en febrero de 1828 recogían la adquisición rusa de los derechos de navegación exclusiva en el mar Caspio, una indemnización de 20 millones de rublos de plata (unos 30 millones de libras esterlinas) y los janatos de Najicheván y Eriván, delimitando una frontera que se

mantuvo hasta el año 1991. Es digno de mención que para celebrar la toma de Eriván, hoy capital de Armenia, los soldados de la VII Compañía de Carabineros realizaron una escenificación improvisada de *Gore ot uma* en el palacio del sij de Eriván; la única representación de la obra que Griboyédov habría presenciado.

Pero fue mucho más celebrado por su éxito negociando el tratado, y Nesselrode procuró recompensarle con un puesto como enviado a Teherán. Sin embargo, Griboyédov ya andaba preocupado con otra aventura: una versión transcaucasiana de la Compañía de las Indias Orientales, la cual «abastecería a Rusia con una gran variedad de productos semitropicales que en aquel momento únicamente se podían importar del exterior», y que utilizaría en sus factorías y plantaciones mano de obra sometida a servidumbre por deudas (*labour indentured*)<sup>3</sup>. El plan no fue aprobado por el coronel Burtsov, un antiguo decembrista de la plantilla del general Paskevich y gobernador militar de la región; en parte porque crearía un Estado dentro de otro Estado, lo que socavaría la autoridad de Paskevich, y en parte por razones progresistas, ya que la servidumbre no era una institución que en la medida de lo posible Rusia quisiera exportar más allá de sus propias tierras. En su lugar, a Griboyédov se le ofreció un ascenso a embajador plenipotenciario en Teherán, un nombramiento que sintió que no podía rechazar.

En 1828 Griboyédov partió hacia Teherán, vía Tbilisi, donde pasó algunos meses mientras esperaba para reunirse con el resto de su misión; en este periodo se casó con Nina Chavchavadze, una aristócrata georgiana a quien había conocido en sus anteriores estancias en la ciudad y quien a sus dieciséis años tenía la mitad de años que él; los dos viajaron a Tabriz en el otoño del mismo año. Pero aquí sus caminos se separarían para siempre: Griboyédov continuó solo hasta Teherán para discutir el pago de otro de los plazos de la indemnización. Su llegada estuvo acompañada por unas cuantas meteduras de pata: primero visitando a los dignatarios persas por un orden que contravenía el protocolo; después, llegando a Teherán cabalgando un semental negro poco antes de la celebración de la «pasión» chiíta donde se representaban las muertes de Hasan y Husein a manos de Yazid, quien montaba un caballo negro. Pero más importante fue su determinación en insistir sobre los términos del Tratado de Turk-

---

<sup>3</sup> Contrato de trabajo utilizado desde la década de 1620 por los Estados europeos para desplazar fuerza de trabajo interior excedente a las colonias. Por este contrato un trabajador o trabajadora individual, normalmente personas que no poseían ningún bien, se comprometía con el dueño de la tierra, o directamente con el gobierno, que en todo caso debía autorizar los contratos, a una serie de obligaciones, entre ellas a trabajar a su servicio durante un periodo de tiempo determinado a cambio, normalmente, de obtener unas tierras de su propiedad en la colonia. Si bien la existencia del contrato llevaba implícito el reconocimiento de la libertad del trabajador o de la trabajadora para contratar, en la práctica no dejaba de ser una modalidad de trabajo forzoso, cuyo contenido se transformó a lo largo de la historia de la colonización europea [N. de la T.].

manchai y, en particular, en la cláusula que reconocía a todos los pueblos ahora sometidos al gobierno de Rusia el derecho de ser repatriados; cláusula que afectaba, por ejemplo, a los armenios desplazados. La llegada a los cuarteles de Griboyédov de Mirza Yakub, uno de los eunucos del sha que era armenio cristiano, precipitó una crisis que el secuestro de varias mujeres armenias por miembros del séquito de Griboyédov únicamente vino a exacerbar. Ofendidos por la instauración por este último de la paz de los vencedores y por las exorbitantes exacciones financieras y en especie por parte de sus subordinados rusos, los habitantes de Teherán llegaron realmente a enfurecerse por el insulto manifiesto del que habían sido objeto aquellas mujeres y sus maridos: los mulás prendieron las llamas, los soldados persas que custodiaban la embajada se esfumaron y el 29 de enero de 1829 una multitud irrumpió en el complejo ruso asesinando a todos y a cada uno de los miembros de la delegación. Los cuerpos fueron desvestidos y arrastrados por las calles, el desorden fue tal que el sha permaneció encerrado en su ciudadela hasta que la calma fue restaurada cuatro días más tarde.

El cuerpo de Griboyédov fue identificado (quizá erróneamente) por una herida de duelo en su mano izquierda y devuelto a Tbilisi para su entierro; por una destacable coincidencia, Pushkin fue a cruzarse en el camino del carromato que trasladaba el cuerpo de su viejo conocido en un viaje de visita a su hermano en Erzerum. «Las dotes de hombre de Estado se quedan sin aprovechar», se lamentaba Pushkin, «el talento del poeta no fue reconocido; incluso su coraje frío y brillante estuvo durante algún tiempo bajo sospecha». Abbas Mirza fue a San Petersburgo para presentar sus excusas formalmente y éstas fueron aceptadas (Nesselrode culpaba de todo el incidente a la intransigencia de Griboyédov). Ha habido acusaciones de una intervención siniestra basadas en la llamativa ausencia de los británicos de la ciudad y también en el hecho de que los hombres enviados por el sha para proteger a Griboyédov estuvieran desarmados; también es posible que alguien entre una pluralidad de partes –los británicos, los notables persas, el sha– quisiera protagonizar un incidente que pusiera en un aprieto a Griboyédov, pero que se escapara a su control. Kelly cae en una condena fácil y prejuiciosa del fanatismo local, pero es de apreciar que señala, respecto a la pérdida de control del sha, que en este caso fue el producto de la absoluta derrota del año anterior y que contribuyó a la pérdida británica de la fe en Persia como Estado-tapón frente a India. Los manejos diplomáticos de Griboyédov y de sus homólogos británicos en la década de 1820 se revelan como precursores del gran juego desplegado en Asia central décadas más tarde y cuyas consecuencias todavía operan de modo devastador.

En *Smert' Vazir-Mujtara* (1928), una versión novelada de los últimos once meses de la vida de Griboyédov, Yuri Tynianov le describe como a «un hombre desligado de su medio, con el péndulo de su corazón oscilante ora hacia la juventud, ora hacia la edad adulta». Aunque el lugar de Griboyédov en la literatura rusa ya lo tuviera garantizado mientras vivía, gran

parte de su vida adulta la pasó lejos del ambiente literario al cual aspiraba, siendo su carrera diplomática una forma de exilio literario. Es tentador ver en su llegada a Moscú con el manuscrito de *Gore ot uma* un cierto paralelismo con el regreso de Chatskii y el mal genio desatado por su personaje como si saliera de su propia boca. Pero Griboyédov carece del idealismo de Chatskii, y su fría ambición por impulsar su carrera –escribiendo aduladores artículos, dando con los patrones ajustados para manejar su promoción, planeando una aventura capitalista colonial– sugiere una acomodación subyacente a las convenciones de su tiempo. Chatskii representa las esperanzas frustradas de una generación; Griboyédov de forma más ambigua representa tanto su momento más penetrante y auto-crítico como su resignación definitiva a la derrota de sus ideales: la «juventud» y la «edad adulta» de una generación refugiada en una conformidad de la cual apenas había comenzado a escapar.